**El retorno silencioso**

*Víctor J. Barrantes C.*

*vbarrant@una.cr*

<p>En un pasaje de su galardonado <i>*El infinito en un junco*</i>, cuenta Irene Vallejo, que, en su afán de ir más allá y alcanzar otras conquistas para vencer el aburrimiento y la mediocridad en la que se veía envuelto, Alejandro Magno, sin llegar si quiera a los 30 años, era presa de un temor que lo atormentaba: que el mundo no fuera lo suficientemente grande para él y, peor aún, le mortificaba la idea de lo que haría si un día se le acabaran los territorios por conquistar.

Y como para esa tarea disponía de una voluntad y lealtad férrea de sus hombres, no dudaba en seguir hacia adelante, aun cuando las noticias de la época parecían confirmar que “el mundo no daba señales de terminar”. </p><p>

Tras el recorrido de miles de kilómetros, las masacres que propiciaron, los entierros de soldados caídos en combate que fueron mejores amigos entre sí, las hambrunas, el frío y las demás calamidades afrontadas en las conquistas, un veterano del ejército trató de persuadir a sus compañeros sobrevivientes—soldados que ya no disponían de las mismas fuerzas de su juventud—del sinsentido de seguir con aquella empresa; sobre todo porque las huestes cansadas y desganadas, solo anhelaban volver a sus casas a reencontrarse con los suyos. </p><p>

Por supuesto que, al enterarse de la rebelión en ciernes, Alejandro enfureció, lanzó amenazas y luego declaró la guerra psicológica ante semejante agravio. Los soldados guardaron silencio, luego se armaron de valor y abuchearon a un rey sobre el que creían que había perdido los estribos, pero también sobre el que ya no estaban dispuestos a dejarse humillar, mucho menos después de haber ofrecido sus mejores años de su vida a aquella causa interminable. </p><p>

La disputa duró dos días, antes de que el ejército diera la vuelta y regresara su patria. Alejandro perdía la batalla. </p><p>

¿Será que, tras los desplantes de poder, las órdenes despóticas, y la falta de estrategias, los tiranos inevitablemente vuelven—silenciosos—al lugar del que salieron? ¿cuántas órdenes carentes de sentido común deben recibir los servidores antes de renunciar a las ataduras que les impiden recuperar su razón? </p>